

LOS CURAS EN LA NOVELA DE GALDÓS

Ignacio Elizalde Armendáriz

No hay sector en la vida española que se escape a la mirada de Galdós. Con gran razón se habla de la «comedia humana» de Galdós, ya que iguala a Balzac en poder creativo y tal vez le supera en profundidad espiritual. Yo me voy a fijar en el sector de los clérigos. Primero, porque constituyen una parte muy importante de su obra. La cuestión religiosa es tema esencial de la novelística galdosiana y en la España de su época. El estudio de su tipología clerical nos servirá para desentrañar más el sentido de su obra. Y, en segundo lugar, porque es un aspecto menos estudiado¹.

Para entender bien el mundo complejo de los clérigos galdosianos creo necesario formular algunos prenotandos.

Realismo moderno e historicismo

Galdós fue el primero en asimilar la lección de Balzac y Dickens, siendo el creador del realismo moderno y absorbió las posibilidades del costumbrismo de Larra y Mesonero Romanos. Todos sus personajes, por consiguiente, incluyendo los clérigos, son seres reales, sacados de la coyuntura histórica española. Más todavía. Su técnica novelesca está acostumbrada a fusionar la historia y la ficción, alcanzando en las obras de su madurez un todo orgánico. Sería interesante, aunque difícil, descubrir los personajes históricos² en que se inspiró Galdós para el retrato de sus curas, acumulando, a veces, en el mismo personaje, como nos afirma, rasgos de diversos individuos conocidos por interesarle para sus fines. En todo el problema de sus clérigos advertimos la dependencia de los acontecimientos históricos. A principios de siglo el estamento religioso,

como clase privilegiada, gozaba de un gran poder económico; que es el ácremente censurado por Muriel, protagonista de *El audaz*, y la minoría intelectual. Una vez realizadas las leyes desamortizadoras y restringidas por los gobiernos liberales, las aportaciones económicas al culto y clero es realmente precaria la situación de algunos sectores eclesiásticos. Esta pobreza y miseria se advierten en muchos clérigos galdosianos de sus novelas posteriores. Baste el testimonio de Francisco Mancebo en *Angel Guerra*:

Tras unos tiempos vienen otros, siempre a peor. Dígame usted a mí, que conocí la Obra y la Fábrica con cuarenta y pico mil ducados de renta y ahora... Yo me acuerdo de aquella contaduría, en que se guardaba el dinero a capazos... Pero nos desamortizaron... y ¡zapa!, ahora no come nadie, porque dígame usted a mí si con veintidós reales diarios que nos dan, a los que fuimos capellanes y ahora somos beneficiarios, se puede vivir decentemente...³

En los clérigos de Galdós encontramos la misma gama de virtudes y defectos que los restantes ciudadanos contemporáneos. En esto coincide con Baroja, cuando el novelista vasco nos afirma: «Si el cura español es fanático y despótico, es porque el español lo es. Nuestros defectos y nuestras cualidades son las suyas»⁴. Contra lo que pudiéramos creer son pocos los retratos que poseemos del cura fanático, intransigente, cuyos tipos más significativos encarnan Paoletti y Luis Gonzaga, de la novela *Gloria*. Galdós es menos comprensivo con el laico fanático, cerrado, contra el cual se ensaña, como contra doña Perfecta, de la obra del mismo título; doña Juana Samaniego, de *Casandra*; don Salvador Pantoja, de *Electra* (no es jesuita, como escribe E. Inman Fox en *Galdós, Electra*, «Anales Galdosianos» n. 1, 1966, p. 139).

Preocupación religiosa y voluntad reformista

Hacia la década del año 70 la «cuestión religiosa» va a agitar la conciencia nacional como consecuencia de la revolución de 1868, la república, los debates en las Cortes sobre la libertad de cultos, la polémica entre krausistas y tradicionalistas. Galdós escribe entonces sus novelas de tesis religiosa: *Doña Perfecta* (1876), *Gloria* (1876-1877) y *La familia de León Roch* (1878). Las tres son denuncia del clericalismo y de los males que acarrea la intolerancia. Esta preocupación por el tema religioso se formula en *La familia de León Roch*.

Los espíritus mejores del siglo XIX experimentan una honda preocupación política y religiosa ante la crisis que sufre España en todos los órdenes. Galdós será uno de ellos. Bajo una superficie de hombre tranquilo y silencioso, podemos adivinar un espíritu «atormentado, turbado e inquieto», como nos dijo al escribir a Pereda. En otra ocasión añade: «Siempre he visto mis convicciones oscurecidas en alguna parte por sombras que venían no sé de dónde.» Ber-

kowitz, aunque sin fundamento, nos habla de hábitos patológicos. Con razón, Angel del Río no cree que el creador de un mundo tan rico en humanidad fuera el señor normal y un poco gris, sin ningún problema. Su serenidad, como la de Cervantes, era más bien de orden intelectual y artístico. Casaldueiro escribe:

Ni por un momento encontró la paz y el reposo sintiendo en aumento, a medida que pasaban los años, el pavor ante el misterio de la vida y de la muerte. Paso a paso, conducido por la duda y la sinceridad, va cruzando de una zona espiritual a otra más alta...⁵

Desde su primera obra hasta la última nos habla de la vida religiosa, ya desde el punto de vista individual o colectivo. Y cuando fustiga, desde su primera novela hasta sus últimas obras, al clero y a la Iglesia, lo hace desde un punto de vista político-social, como al hablar de los militares, de los empleados, del estado de la enseñanza, de la Administración, de los campesinos o de los políticos. Galdós cree que la Iglesia institucionalmente ha sido un obstáculo al progreso y a la apertura de España hacia Europa, y por eso ya en una de sus primeras obras, *El audaz*, en 1871, pone en boca de Muriel, su protagonista, un juicio totalmente negativo. Galdós, como buen liberal, defiende la separación de la Iglesia y el Estado, y se manifiesta en contra del poder político de la Iglesia. Cree que el poder eclesiástico no debe inmiscuirse en el poder civil.

Es muy clara la voluntad reformista, el espíritu de denuncia con que escribe su obra. En ella hay una protesta contra todo abuso político, social, religioso. Está totalmente en desacuerdo con la sociedad. Su denuncia va contra la sociedad entera, contra la gente oficial, la aristocracia, etc., no solamente contra el clero. Oigamos al padre Gamborena en *Torquemada y San Pedro*:

Así resulta una cosa muy triste y es que las clases altas son las que más olvidadas tienen la doctrina pura y eterna. Y no digáis que protegéis la religión ensalzando el culto con ceremonias espléndidas, o bien, organizando hermandades o juntas caritativas; en los más de los casos no hacéis más que rodear de pompa oficial y cortesana al Dios Omnipotente, negándole el homenaje de vuestros corazones. Queréis hacer de él uno de esos reyes constitucionales al uso, que reinan y no gobiernan⁶.

Los clérigos, los aristócratas fracasados, la burguesía del «quiero y no puedo», los burócratas estilo Pez, la sociedad entera, aparece poseída de la misma holgazanería, ignorancia, frivolidad, aunque en distinto nivel. Naturalmente, con numerosas excepciones. La denuncia, como el sermón moral, subraya principalmente los vicios y defectos.

Ideal del sacerdote para Galdós y constantes deformadoras

De una lectura atenta de su obra veremos cuál era para Galdós el ideal de sacerdote, así como también las notas deformadoras que repite en sus retratos, y que forman constantes caracteriológicas.

La primera virtud, sin duda, que Galdós pone en el sacerdote es la caridad. En esto coincide con el evangelio. Según este rasero medirá a sus clérigos, y por eso Nazarín constituye la cumbre de todos ⁷. En *El audaz* nos dice que «no ha de haber igualdad en el mundo sino por el amor». Sus personajes más bellos son los que encarnan esta virtud, desde el amigo Manso hasta el abuelo, Benigna, Guillermina Pacheco —repetida en varias novelas—, Leré, Angel Guerra, hasta llegar a Nazarín.

Otra virtud esencial para Galdós es la flexibilidad, la tolerancia ⁸, la comprensión. Sus ataques más fuertes van contra la intolerancia y la intransigencia. Intolerancia que a veces, como en *Gloria*, es un modo de ser más que una creencia religiosa; o una concepción de la vida, como en doña Perfecta; o un defecto personal, como en León Roch.

Poletti será el clérigo más antipático en la galería galdosiana, por su intransigencia, cerrando los ojos a la realidad del alma humana. Galdós logró sobreponerse a la intransigencia de los partidos, y lo mismo arremetía contra el fanatismo clerical como contra la intolerancia de sus correligionarios liberales. Le aterraban los hombres de una sola idea o de una sola verdad, unidimensionales, petrificados, incapaces de acomodarse a cualquier situación, fuera del repertorio de sus procedencias.

Los santos de Galdós son prácticos, como ha advertido Ruiz Ramón y anteriormente Clarín ⁹. Necesitan realizar inmediatamente sus ideales religiosos. Sus problemas entrañan siempre una dimensión social. Angel del Río afirma que para Galdós el misticismo, como cualquier otra forma de idealismo exagerado, sólo se justifica cuando se pone al servicio de la vida. El personaje místico no va con la psicología del autor. Nazarín nos dirá:

No me contento con salvarme yo sólo; quiero que todos se salven y que desaparezcan del mundo el odio, la tiranía, el hambre, la injusticia; que no hayan amos ni siervos, que se acaben las disputas, las guerras, la política ¹⁰.

La paciencia será otro distintivo del buen sacerdote. En *Nazarín* prodiga a esta virtud grandes alabanzas. Angel Guerra señala esta virtud como una de las primeras reglas de su orden religiosa. Junto a ella la humildad, la obediencia, el espíritu de pobreza. A Galdós le da en rostro todo egoísmo materialista, como la ambición y el orgullo de los clérigos. Aparte de Nazarín será el padre Nones el descrito con más simpatía y cariño por responder al ideal que se había forjado Galdós del sacerdote. Muchos de sus sacerdotes suelen ser directores

espirituales, con frecuencia perniciosos, los causantes de que la acción de la novela tome derroteros equívocos.

En su obra se dan los malos sacerdotes como en la vida. Observemos las constantes caracteriológicas con que suele estructurarlos. En su primera producción responden más a ideas abstractas.

Estos llegan al sacerdocio sin auténtica vocación. A veces para elevar su nivel social misérrimo, como el caso de don Inocencio o Pedro Polo; otras por imposición de sus padres, para no perder unas capellanías, como Silvestre Romero; otras por ambición, y hasta por afición al latín, como Virones. Esta nota repite en muchos de sus clérigos, pues responde a la realidad española de la época. La ignorancia y la rudeza aparecen constantemente. Un ejemplo gráfico es el de Nicolás Rubín, en *Fortunata y Jacinta*:

Por las orejas y nariz se asomaban espesos mechones de vello. Diríase que eran las ideas que cansadas de la oscuridad del cerebro, se asomaban por los balcones de la nariz y de las orejas a ver lo que pasaba por el mundo ¹¹.

La falta de inquietud espiritual y de interés por ejercer su ministerio sagrado. El cura párroco de Ficóbriga, Silvestre Romero, dedica su vida a tres menesteres: la caza, el cuidado de una huerta que posee y los negocios electorales. La glotonería y la zafiedad son constantes más marcadas en sus primeras obras. Los violentos y los reaccionarios cuentan con todas sus antipatías. Ya hemos indicado el fanatismo y la cerrazón, efecto muchas veces de la cortedad de luces. El egoísmo material, atento sólo «a defender el garbanzo»; la adulación y el buscar el apoyo de los poderosos, con olvido del humilde y el desvalido; el erotismo, contrario al celibato; el tomar parte como guerrillero en las contiendas de la época o en las intrigas políticas; el nepotismo, la avaricia y la hipocresía. Este último vicio muy extendido entre ciertos elementos eclesiásticos y clases sociales fue blanco de sus frecuentes sátiras ¹². Hay que reconocer la miseria en que vivía gran parte del clero, causa muchas veces de estos defectos.

Perspectiva liberal

Finalmente, conviene advertir que el mundo de su obra está visto desde una perspectiva liberal. Siempre hizo profesión de su liberalismo. El carlista, el tradicional, el defensor de la restauración, el integrista, entre los cuales abundan los clérigos, casi siempre salen malparados. Pero en su extensa producción late un deseo de conciliación y la esperanza de encontrar la unidad de conciencia que resolviera el drama nacional ¹³. Fue diputado varias veces, y después del estreno de *Electra* se le tomó como bandera de combate, con cierta inhibición por su parte. En época de tensiones y apasionamiento esto le ocasionó serios disgustos

y enemistades, y le restó simpatía en ciertos sectores. Jean François Botrel ha demostrado el alejamiento de la clase obrera con ocasión del homenaje que se le rindió en 1914. Actualmente el Cristianismo defiende la libertad religiosa (la libertad de cultos, en términos del siglo pasado), y muchos de los dogmas liberales han quedado estrechos en la práctica. Por eso hay más comprensión de su cosmovisión y se interpreta mejor su actitud con respecto al clero y a los problemas de España.

TIPOLOGÍA CLERICAL

La actitud y valoración de Galdós es distinta respecto a la Iglesia, como institución, y respecto al clérigo individualizado. Muy liberal, llegando a veces al anticlericalismo, al considerar a la Iglesia como organismo social, pues la cree retrógrada y fuerza negativa para el progreso y la libertad. Apreciación muy subrayada, en la última serie de los Episodios Nacionales. Galdós cree que la invasión de frailes franceses fue tan perniciosa como la invasión de los romanos, de los visigodos o de los árabes. Y mira la revolución como la única esperanza del futuro, lo mismo que Blasco Ibáñez¹⁴. En el pensamiento político y religioso de Galdós opino, con Casaldueiro, que no hay evolución.

Respecto a sus clérigos como individuos, es mucho más humano y comprensivo, más generoso y polifacético, sobre todo desde su segunda época. Y en esta actitud sí hay evolución, desde su primera época histórica, en que intenta investigar la realidad española con una inquietud reformista social, más profunda, como en *La Fontana de Oro* o *El audaz*, y afirma la influencia nefasta del mal clero para demostrar su tesis. Después vendrá el período abstracto, en el que el clero encarna la intolerancia, como don Inocencio en *Doña Perfecta*. Y, finalmente, en su última época de mayor madurez, que coincide con la etapa naturalista, los toma de la realidad y desfilan toda clase de tipos, cada uno con su personalidad propia. Hay cambio de técnica literaria. Pasa de la encarnación de las ideas abstractas y reformistas al retrato de carne y hueso más logrado, variado y auténtico. Hay una evolución de lo histórico y social a lo individual, de los problemas abstractos a los concretos. Lo mismo que Menéndez y Pelayo, con su madurez y sus años se hace más comprensivo y flexible, olvidando sus apriorismos y sus rígidas categorías. Entonces abundan más los clérigos dotados de virtudes. E incluso sabe comprender a los viciosos, como a Pedro Polo, y reconoce sus cualidades positivas.

En Galdós son frecuentes entre los personajes los curas, como en la obra de Baroja, pero la técnica del retrato es completamente distinta. Ya hemos dicho que en Galdós se advierte una evolución respecto a la pintura de los curas. En Baroja la técnica es siempre la misma, un poco impresionista, rápida, al ritmo de andadura. Su carácter turbulento y dionisiaco, como él mismo se define en *El escritor según él y según los críticos*, le impulsaba más a la captación de la

vida que a un trabajo de perfección literaria. Por eso nunca obedece a un cliché. Los curas barojianos pasan rápidos, sin detenerse, a excepción de Javier Olanan, en *El cura de Monleón*, y Bartolomé Beltrán, en *El «Nocturno» del hermano Beltrán*, que son los protagonistas de esas dos novelas. Los curas de Galdós muchas veces son personajes importantes, que tienen gran parte en la acción de sus novelas. Los curas de Baroja, como sus personajes, van todos en ablativo: con, de, en, por, sobre, tras Baroja; no pueden tener psicología propia, porque Baroja no tiene ojos para ver otra que la suya. Los curas de Galdós, al contrario, van en dativo: para los demás, llenos de matices, muy diversos entre sí y ricos en psicología independiente de la del autor. Galdós los mira con más humanidad y comprensión. Baroja con más desgarro y dureza de rasgos. Los curas de Baroja son más bohemios, vagabundos, aventureros, de vida inquieta y dinámica. Los curas de Galdós llevan de ordinario una vida más reposada, incardinados en pequeñas ciudades tranquilas o en la capital. Baroja nos presenta tipos. Galdós, arquetipos. Los dos coinciden en la simpatía con que miran a los abates o canónigos ilustrados y liberales, amantes de los libros y a veces autores, con sus buenas bibliotecas, relacionados con la aristocracia y los políticos, los cuales en Baroja suelen ser secretarios o administradores de alguna señora de título y rica, a veces un poco volterianos.

Personajes históricos

La historia es parte muy importante de la novela galdosiana. No nos extrañará, por consiguiente, que entre sus curas haya una gran galería de personajes históricos. Generalmente no hace más que aludirlos. Se detiene más en San Francisco de Borja, que es uno de los personajes más importantes que interviene en su obra teatral *Santa Juana de Castilla*. No los deforma o proyecta sobre ellos su juicio envilecedor, como hace a veces Baroja. Es fiel al retrato histórico. Son muchos, pero sin importancia especial. Representan un papel más extenso en los Episodios Nacionales.

Curas guerrilleros

Fuera de los Episodios Nacionales no suelen pulular. En Baroja este grupo cobra mayor relieve. Encontramos un buen retrato de este tipo en mosén Antonio Trijueque, cura aragonés que había tomado las armas desde el principio en la guerra. Un hombre altísimo, descarnado, con barba entrecana, pelo corto, ojos fieros, cejas pobladísimas..., ciclópeo..., que al final se ahorcó, como Judas¹⁵.

Existieron tres curas guerrilleros, que en Baroja cobran gran relieve, sin que en Galdós tengan importancia alguna. Estos curas son Francisco Gorostidi, cura guipuzcoano, gran caudillo de las guerras carlistas; el cura Merino y fray Anto-

nio Marañón, alias «El Trapense». Otros curas guerrilleros serían: el cura de Carrión, personaje muy secundario de *La Fontana de Oro*, y los que aparecen en los Episodios Nacionales.

Políticos y revolucionarios

En las novelas de Galdós apenas aparece este tipo de sacerdotes, más abundante en las obras de Baroja. Un ejemplo es el de don Pedro Regalado, alias Corchón, personaje de *El audaz*, que tomó parte en las conspiraciones contra Godoy, porque piensa que gobierna mal y protege la filosofía y la desamortización de los bienes del clero. En los Episodios Nacionales, como es natural, encontramos muchos curas metidos en política.

Entre los curas revolucionarios podemos catalogar al padre Vélez, de la novela *El audaz*, cura levantisco que profesaba las ideas más exageradas en materia de política y religión y tenía retiradas las licencias. El padre Alelí, personaje secundario de *Fortunata y Jacinta*. En su juventud fue volteriano y libre-pensador. Aparece en repetidas novelas y en los Episodios Nacionales. Este tipo revolucionario abunda en los Episodios Nacionales.

Curas ambiciosos

La ambición de los sacerdotes es nota repetida en la obra galdosiana. Encontramos algunos casos muy significativos. Con frecuencia es el motivo de su vocación. El padre Jerónimo Matamala, franciscano del convento de Ocaña, tenía por único ideal conseguir una mitra, y a esto lo supeditaba todo. De ahí el miedo a manifestarse como era y el hacerle traición a su antiguo amigo Muriel, protagonista de la novela *El audaz*. Don Remigio Díaz, cura secundario de la novela *Halma*, aparece manchado con esta nota. Inteligente y ambicioso, intentó ser párroco de Madrid y mangonear en la fundación de la condesa Halma. Juan Casado, el sacerdote más importante de la novela *Angel Guerra*, llegó al sacerdocio por ambición. El ideal de su juventud era opositar a Lectoral o Doctoral cuando vacase. Aunque de singulares dotes, no tenía vocación, sino ambición. Cuando heredó cuantiosa hacienda, la riqueza le mató la ambición eclesiástica, y su fama de buen teólogo y los laureles ganados en el púlpito le importaban tanto como las coplas de Caláinos. El doctor López Sedeño, secretario del obispo Lantigua, es también un cura ambicioso. Clérigo culto, muy diplomático y servicial, de ideas liberales, aspiraba al episcopado con impacencias mal disimuladas.

Curas inmortales

No son muy numerosos en la novela galdosiana, contra lo que pudiera creerse, ni ocupan lugar importante en sus obras de creación. Es la falta clerical que

mira Galdós con más benevolencia y comprensión. El que aparece descrito con más detención es Pedro Polo, personaje de *El doctor Centeno*, pero sobre todo de *Tormento*, una de las creaciones más vigorosas de Galdós, según Robert Ricard¹⁶.

Era un extremeño que se hizo cura sin vocación. «Le fingieron una vocación que no tenía.» Su padre murió en la cárcel y él vivía muy pobremente con su madre y hermana. Acabó enamorándose perdidamente de Amparo Sánchez, protagonista de *Tormento*. De esta sima logra sacarle la energía de su buen amigo el padre Nones, y cuando Amparo se une a Agustín Caballero, acepta un curato en Filipinas y marcha, arrepentido, con un fin apostólico. Su error fue el hacerse sacerdote sin vocación. Galdós reconoce en él rasgos positivos, como cuando cuida de su ama de llaves. Tiene conciencia de su pecado e indignidad. Su constitución física y psíquica, toda pasión y fuerza biológica, nos explica su conducta. Por eso más que desprecio inspira a Galdós este personaje honda compasión.

En su última novela, *La razón de la sinrazón*, presenta otro sacerdote caído, don Hilario Acuña. Intachable en todo, pero con una debilidad: sus relaciones eróticas con su ama de llaves. Galdós, que fustiga otros vicios de los curas, no condena éste, y trata a don Hilario con simpatía.

En su primera novela, *La Fontana de Oro*, aparece otro clérigo, presa de la pasión amorosa. No nos dice su nombre. Clérigo pequeño, a juzgar por su vestido, que era raído y verdinegro. De edad madura. A juzgar por su pronunciada y redonda panza no se daba mala vida. Indecorosamente pretende seducir a Clarita Chacón, extraviada una noche en la calle. Pero la muchacha se niega a subir a su casa.

Curas vulgares

Nos encontramos con muchos ejemplos en sus novelas. Galdós repite con mucha frecuencia los rasgos de sus retratos. A veces son modos de acentuar la misma realidad. Todos tienen un aire de familia, debido a su técnica descriptiva. Consiste en proyectar sobre ellos una cruda luz que abulta determinados rasgos, casi siempre los mismos, en perjuicio de los demás. Así llega a veces a la caricatura y al esperpento.

En *La Fontana de Oro*, encontramos dos de estos tipos. El primero es don Pedro Regalado, alias Corchón. Su índole intelectual nos lo da el haber compuesto catorce libros sobre la devoción al Señor San José, que no vieron la luz. Cuando no entiende a las personas por ser de ideas contrarias o más avanzadas las tilda de herejes y su gozo, al descubrir un hereje, es el mismo del cazador que descubre una pieza, ya que era una de las lumbreras de la Inquisición, afirma irónicamente.

Don Silvestre Entrambasaguas, clérigo amigo de las Porteño, es otro de estos

curas. Desempeña un papel secundario en la obra. «Bien cebado, grasiento, avaro, algo tonto, mal teólogo y predicador tan campanudo como hueco»¹⁷.

Don Nicolás Rubín es el único sacerdote importante que aparece en la gran novela *Fortunata y Jacinta*. Es igualmente uno de estos clérigos vulgares toledanos. Tosco, velludo, desaliñado, gran comilón, tacaño. «La carne que a él le tentaba no era otra que la de ternera o la de cerdo.» Influye en la novela, desarreglándolo todo. Practicaba el apostolado por fórmulas rutinarias o rancieros aforismos de los libros... desgobernando, en fin, la máquina admirable de las pasiones¹⁸.

En *Angel Guerra* vemos dos nuevos modelos: León Pintado y Eleuterio García Virones, con papeles secundarios. León Pintado aparece ya en *Fortunata*, como amigo de Nicolás Rubín, capellán de las monjas Micaelas. Por influencia de la madre de Angel Guerra llega a ser canónigo de Toledo. Era corpulento, gallardo, presumidillo en el vestir, de absoluta insignificancia intelectual y moral, gran amigo de estar bien con todos, mejor tresillista que teólogo. Virones es uno de los más representativos de la miseria del clero. Se acogió al asilo de Angel Guerra, empleando sus hercúleas fuerzas, como albañil. Fue un sacerdote sin vocación en su prosoprografía concentra Galdós los rasgos más negativos¹⁹.

En *El abuelo* aparece don Carmelo, cura de Jerusa, gran amigo del conde de Albrit. Hombrachón de buen año, limpio y de nariz como pico de garbanzo. Poseía buena formación en su carrera de teólogo y de derecho. Le encantaba el mangoneo y la comida.

Curas burgueses

Las notas burguesas abundan en los curas galdosianos. El cura párroco de Ficóbriga, en *Gloria*, don Silvestre Romero, era un hombre rico, con regular hacienda. Vivía con comodidad y competía en la caza con los vecinos del pueblo. Sus ocupaciones de campo y mar le impedían abrir un libro.

Don Juan Casado, en *Angel Guerra*, es un clérigo medio campestre, medio urbano, siempre con un pie en el altar y otro en el estribo. Comparte sus deberes eclesiásticos con el cuidado de sus tierras. Vive cómoda y sanamente, como un buen burgués, y mantiene a su larga familia. Su patriotismo le lleva a despreciar toda devoción que viniera de fuera de España, como la devoción al Corazón de Jesús o el culto a la Virgen de Lourdes.

Curas ilustrados y liberales

Ya hemos dicho que Galdós los mira con cierta simpatía y abundan en su obra. En los Episodios Nacionales podríamos citar una galería de ellos.

En sus novelas, pertenecen a esta clase, Fray Jerónimo Matamala, del

convento franciscano de Ocaña, personaje importante de *El audaz*. Hombre de instrucción y de claro talento, formado en Salamanca, donde se distinguió como claro poeta de la escuela salmantina del siglo XVIII. Conoció las ideas liberales, de las que era adicto. Muy versado en Rousseau, dominaba los argumentos de ateísmo. Pero no hablaba de esas ideas con nadie por miedo a que le quitaran los cargos.

Isidoro Palomeque, canónigo toledano, de la novela *Angel Guerra*, estaba poseído de un furor arqueológico. Era corresponsal de las Academias de San Fernando y de la Historia, «hombre erudito, punto fuerte en todo lo referente a fundaciones pías e impías, en letreros romanos, etc.». Reveló su caudalosa erudición de menudencias y chismes históricos.

Fanáticos e intolerantes

Contra lo que pudiera creerse no son muchas las pinturas que poseemos del cura fanático, aunque conocemos la preocupación de Galdós por atacar desde todos los ángulos posibles el fanatismo y la intolerancia que veía en cierto sector de la sociedad española.

Una de las figuras menos simpáticas de la galería clerical galdosiana es don Inocencio Tinieblas, canónigo penitencial de Orbajosa, en la novela *Doña Perfecta*. La descripción de Galdós rezuma ironía. Don Inocencio, como otros curas de sus novelas, con frecuencia nos lanza sentencias latinas. Don Inocencio, como Doña Perfecta, encarna la intolerancia y el fanatismo. Feroz enemigo de lo nuevo, inquisitorial e intolerante. Galdós enfrenta a los dos con Pepe Rey, liberal, de ideas nuevas, increyente, amigo del progreso y de la libertad. Don Inocencio es el producto de un ambiente y una educación, perfectamente captado por el novelista.

Luis Gonzaga Sudre, hermano gemelo de María Egipcíaca, la esposa de León Roch, hijo de los marqueses de Tellería, es otro tipo de fanatismo. Estudiante jesuita, era místico, sin ninguna concesión a lo humano. Muy enfermizo, vivía en estado de taciturnidad trágica. Había hecho voto de no mirar jamás a una mujer. Con tal sistema, añade irónicamente Galdós, había conseguido la pureza del ser que no ha nacido. Infunde a su hermana ideas de desprecio al mundo y prevenciones contra su marido, que destruirán la felicidad del matrimonio. Galdós insiste, como en el caso de don Inocencio, en los males que se derivan de este espíritu deformador. También aparece este personaje, muy de pasada, en la novela *La de Bringas*.

Ya dijimos que Paoletti era el tipo más antipático. Galdós se ha ensañado con él. Es un italiano, muy entendido en Bellas Artes, afable, educado, de eximia estatura, un sí es no es pueril el rostro, que ocupaba el público de San Prudencio, con una oratoria muy del gusto de la marquesa de Tullería. Consejero espiritual de medio Madrid y de María Egipcíaca. Fue el causante prin-

cial del divorcio espiritual del matrimonio. Es interesante el diálogo con León Roch en el capítulo VII de la segunda parte, que nos da su pensamiento. Dos concepciones de la vida. Roch quiere conciliar el espíritu con la materia. Para el padre Paoletti no cabe conciliación. La víctima de estas dos fuerzas antagónicas será María Egipcíaca.

Aunque no aparecen en la escena se adivinan dos fuerzas ciegas, tal vez dos directores espirituales, de esta especie, detrás de Juana Samaniego, en *Cassandra*, y detrás de Paniagua, en *Electra*.

Curas bondadosos

Generalmente Galdós pone esta nota en muchos de sus personajes sacerdotes. Pero a veces no es la que prevalece en el retrato. Por eso aquí nos vamos a fijar en dos tipos, cuya nota más importante y caracterizadora es la bondad.

Uno es el prelado, don Angel Lantigua, en su novela *Gloria*. Es el único obispo que aparece, como personaje influyente en la acción. Tal vez sea, como apunta Ricard²⁰, porque la dignidad episcopal vivía más aislada en sus palacios, en el siglo pasado, y era difícil a un laico penetrar su psicología. Por eso está aquí excesivamente idealizado y abstracto. Virtuoso prelado, tío carnal de Gloria, consejero de su sobrina y un alma de Dios. Parecía un niño grande... Su cara redonda, sonriente... respirando benevolencia y paz completa... Por natural impulso de su corazón se inclinaba a suponer lo bueno en todo... Profesaba la doctrina de la tolerancia en el verdadero sentido teológico, cualidad tan cara de Galdós. Carecía de ambición, comprensivo y generoso, su única felicidad era proporcionársela a los demás. Solamente poseía un defecto: que era incapaz de resolver los conflictos que se le planteaban. Todo lo quería resolver con su bondad angelical y todo lo dejaba sin resolución. Tal vez, añade Galdós, su inteligencia y energía eran inferiores a su corazón.

El otro es el abate don Lino Paniagua, personaje secundario de la novela *El audaz*. Hombre tímido, sin ambición, de bondad extrema y floja voluntad. Todas las clases sociales le abrían sus puertas, porque su enciclopedia memorística retenía todo lo que pasaba en la ciudad y que él se enteraba. Tenía la debilidad de proteger a todos los enamorados y llevarlos al sacramento del matrimonio.

Curas ejemplares

Contra lo que a veces se ha afirmado, en Galdós tropezamos muchas veces con el cura ejemplar que nos causa afecto y estima. Va a ser este el apartado más extenso.

Torquemada es una de las más recias creaciones de Galdós. Junto al usurero, en la última tetralogía, aparece un sacerdote, de auténtica vocación, que ha tomado en serio el sacerdocio, el misionero padre Luis de Gamborena. Frente al grosero materialismo del usurero Torquemada encarna el espíritu y la generosidad. El novelista no le escatima ninguna alabanza. A la amenidad del trato unía la maestría en el apostolado para los asuntos espirituales. Alma pura, conciencia inflexible, entendimiento luminoso, gran concededor del alma humana y del organismo social, enérgico y desenvuelto. Sus consejos nos recuerdan los de Jesucristo. «Nada importa olvidar la letra, si el principio, la esencia, permanecen estampados en el corazón.» A la inquietud auténtica religiosa y al temple heroico une la capacidad de reflexión. Después de treinta y cinco años de vida heroica en las misiones, se encuentra capacitado para criticar a la sociedad española. Su diagnóstico: el mal de las clases ricas es su frivolidad. «La caridad la habéis convertido en juego social y los actos de culto en feria de vanidades.» Deben volver a la sencillez religiosa y a la pureza de corazón, que también propugna Galdós por medio de Angel Guerra. En los últimos momento de Torquemada hace lo imposible por salvarle.

Así como Galdós ha contrapuesto estos dos personajes de Torquemada y Gamborena, igualmente en *Tormento* contrapone dos caracteres, aquí dos sacerdotes, Pedro Polo y José María Nones.

El padre Nones es otro de los personajes-sacerdotes con el que Galdós se encariña, dándonos un ideal. Sacerdote por vocación, había sido anteriormente soldado y calavera, hasta que «tocado en el corazón por Dios, tomó aborrecimiento al mundo convencido de que todo es humo y vanidad, se ordenó». No tenía ambición alguna, dispuesto siempre a ayudar a todo el mundo. Tenía gran comprensión y como había visto mucho mundo, no se asustaba de nada. De trato llano y festivo y costumbres tan puras como pueden serlo las de un ángel. Sabe encontrar soluciones a las cosas y despliega gran energía para llevarlas a cabo. Es la única persona que tenía ascendiente sobre Pedro Polo y logró sacarle de su mala vida.

En su novela *Halma*, encontramos otro sacerdote ejemplar, Manuel Flórez, director espiritual de la condesa Halma. «Hombre pulcro, de aspecto agradable, buen conservador, sin ambición eclesiástica. Para su apostolado utilizaba la conservación y el trato social.» Si no carecía de austeridad y rectitud en sus principios religiosos, lo que más resplandecía era la dulzura, la benevolencia y el lenguaje afectuoso, persuasivo...²¹. Había llevado una vida tranquila, intachable, alegre, sin que su conciencia le reprochase nada, hasta que conoce a Nazarrín. Se plantea la lucha en su alma y su vida anterior le parece anodina, insulsa, cree que ha sido simplemente un cura de salón para lo cual no ha tenido que esforzarse nada. Su avanzada edad y su débil naturaleza no le permiten superar la crisis y muere ofreciendo a Dios su buena voluntad y lo que él cree que ha sido un fracaso.

Con frecuencia vemos en los clérigos de Galdós un proceso final, más o me-

nos profundo y auténtico, de arrepentimiento. Por ejemplo, en don Inocencio hay un arrepentimiento más o menos tácito; en Polo y en Manuel Flórez claramente expreso y sincero.

Encontramos otra serie de sacerdotes ejemplares, de menos significación en sus novelas. En algunos, como en don Tomé y don Francisco Mancebo, aparece la nota de un trabajo infatigable, para poder sostener a su familia.

Don Tomé, personaje secundario de *Angel Guerra*, era capellán de monjas de Toledo. «Alma sencilla, toda pureza y humildad, un ser en quien Dios moraba.» Temperamento angelical, no salido aún de la edad infantil, tímido, se ruborizaba siempre que tenía que decir algo. Su vida no era fácil. Daba clases de historia, porque su sueldo no era suficiente para vivir. Una de sus características era la dura lucha por la existencia. No era un parásito, sino un honrado trabajador. Cumplía sus deberes con sencillez, sin pretensiones.

Francisco Mancebo, de la misma novela, era un poco gruñón, pero buenísimo. Mantenía a sus muchos sobrinos, que hubieran vivido en la miseria, siendo beneficiado de la catedral toledana. Por eso le llamaban el «Tío Providencia». No había tenido jamás un vicio. «Por donde únicamente podía prepararle la zancadilla el tuno de Luzbel era por su desmedida afición al sórdido ahorro.» Siempre encontraba razones para justificar el ahorro, que él consideraba como una virtud de economía. Guardaba su dinero bajo un baldosín y pensando en él no podía dormir. Siempre infatigable y celoso en sus obligaciones, no dejó un solo día de ir a la catedral.

Dos sacerdotes ejemplares, aunque secundarios, aparecen en la novela *Halma*. Don Modesto Díaz, íntimo del padre Flórez, a quien asistió a bien morir. Como don Tomé y Mancebo, tiene que trabajar intensamente para mantener a su familia, tipo muy repetido, ya que era una realidad del clero español. Obrero incansable *propter panem*. «Daba lecciones de latín y moral en colegios y traducía del francés obras religiosas para una editorial católica. Con esto y con las misas y sermones mantenía a la familia y aún le quedaba algo para socorrer a algún pobre»²². Don Remigio Díaz de la Robla, sobrino del anterior, alberga en su casa a Nazarín. Aunque algo ambiciosillo, era inteligente, bondadoso, tolerante y virtuoso.

En *Misericordia*, la novela del amor al prójimo, hay una figura sacerdotal de escaso relieve, don Romualdo Cedrón. «Fornido, atezado y, al mismo tiempo, excelente persona, de intachable conducta en lo eclesiástico; cazador, hombre de mundo, en el grado que puede serlo un cura de apacible genio; de palabra persuasiva, tolerante con las flaquezas humanas, caritativo, misericordioso...»²³.

En la novela *El abuelo* encontramos al padre Baldomero Maroto, prior de los Jerónimos de Zaratán, cerca de Jerusa. Varón tosco y agradabilísimo con sesenta años que parecían cincuenta... admirablemente construido por dentro y por fuera... La ingeniosa naturaleza supo armonizar en él la potente estructura

corporal con la agudeza de entendimiento... Su índole nativa de organizador y gobernante se revelaba en todo...²⁴.

Rafael, cura párroco de Agramonte, es un personaje de la obra teatral *Mariucha*. Es también ejemplar. Humano y protector de Mariucha, goza de las simpatías de Galdós. En él encontramos las ideas del autor. El cura lucha contra los intransigentes, los duros de corazón, se enfrenta con los ricos y poderosos, está siempre al lado de la razón. Un cura que tiene la valentía de decirle al alcalde, en el último acto: «Mi papel es consolar a los oprimidos, como el tuyo adular a los poderosos.»

Angel Guerra

A continuación estudiamos dos personajes importantes, protagonistas de dos novelas que llevan por título sus nombre: Angel Guerra y Nazarín. Aunque el primero no es propiamente sacerdote, por sus sentimientos y problemas religiosos e incluso por sus deseos e intentos de hacerse sacerdote y fundar una especie de orden religiosa o religión nacional, merece estudiarse aquí.

Angel Guerra es la novela en que Galdós refleja el catolicismo de su infancia y, por otra parte, responde a la reacción de cansancio y de ansia insatisfecha que se nota a fin de siglo y los primeros síntomas de la crisis de la ciencia. Junto a esta novela espiritualista vendrán después en la misma línea *Nazarín*, *Halma* y *Misericordia*, en muy pocos años. La historia de la vocación sacerdotal de Angel Guerra aparece ya estructurada desde el principio de la tercera parte. En Angel Guerra hay dos hombre y su vida es la lucha constante entre dos tentaciones: la de la carne y la del espíritu. En Angel Guerra se da una sublimación de su amor a Leré. Dice que es la fe, la santidad, la vocación de ella lo que le atrae. «Soy y seré lo que ella quiera», afirma, porque es la voz de Dios. Al final de la novela, Angel Guerra juzga su vocación, como espejismo. Pero hasta entonces es vivida como real, con una lucha dramática en el fondo de su conciencia. Se enfrentan en él, la condición humana y la condición angélica. Leré y don Tomé, este último con su vida y su muerte pura, representan la condición angélica. Pero Angel Guerra, en oposición a ellos, es un hombre desequilibrado. Siendo infiel a su naturaleza humana, ha pretendido vivir según la naturaleza angélica²⁵. Se realizará cuando viva humanamente el mundo del espíritu, pero se desrealizará en cuanto quiera vivir místicamente. Durante mucho tiempo no duda de su vocación eclesiástica. Al final, renunciará a ella. Y morirá sin sacramentos, a pesar de que los había pedido, porque el Viático llegó tarde. La novela termina: «Recemos... por él no, por nosotros».

El otro aspecto sacerdotal de Angel Guerra es su deseo de fundar una nueva religión. La llamará *dominismo*. Sería una comunidad de hermanos, una especie de anarquismo religioso ideal, que significaría una vuelta a la Edad de Oro del Cristianismo, sin ninguna forma de organización estatal, que encarnará la cari-

dad. Esta congregación religiosa tendría por fin «amparar al desvalido, sea quien fuere; hacer bien a nuestros enemigos; emplear siempre el cariño y le persuasión, nunca la violencia; practicar las obras de misericordia». Este instituto *dominista* defendería, a diferencia de los otros, la libertad y la vida común, sin distinción de sexos. Intentaría igualmente un renacimiento espiritual de la nación. Galdós desengañado de la política, la filosofía y la economía, cree que solamente la religión podrá conseguir una transformación de la sociedad.

Este instituto estaría dotado de una gran fuerza destructora. Es necesario destruir la sociedad, cree Angel Guerra, para salvarla. «La propiedad, la familia, los poderes públicos, la administración de la Iglesia, la fuerza pública, todo necesita ser deshechado y construido de nuevo». Había que realizar un espíritu encarnado en los materiales de la existencia. Angel Guerra afirma:

¿Cree usted, hablando en confianza, que la actual unidad de la Iglesia podrá subsistir desde el momento en que el suelo de nuestra nación eche de sí un árbol tan hermoso como éste, cuya semilla va a caer en la tierra? No diga usted que no. Veo para dentro de un plazo no muy largo... la emancipación de la Iglesia española, la ruptura con esa Roma caduca y el establecimiento del papado español²⁶.

Cuando su interlocutor, el cura Casado, se escandaliza, Angel Guerra le tranquiliza, asegurándole: «mi cisma es puramente especulativo... Lo que le dije fue una apreciación pura de historiador o filósofo». Esto no convence a nadie. Quizá Galdós pensó en la vieja tradición regalista española o en hacer una Iglesia nacional a imitación de Inglaterra. ¿Podría pensarse en la influencia de los curas liberales de las Cortes de Cádiz? ¿O en la influencia del canónigo canario Graciliano Afonso (1775-1861), partidario de la fundación de una Iglesia nacional?²⁷. Hacía treinta años que había muerto, cuando Galdós escribe esto.

Robert Ricard²⁸ ha estudiado otras publicaciones más próximas a *Angel Guerra*. En 1902 sale a luz una encuesta, dirigida por Joaquín Costa, en la que se preguntaba sobre *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España: urgencia y modo de cambiarla*. Bretón cree que todo va mal en España y que el único remedio sería desligarse de Roma y nacionalizar la Iglesia... Baroja en *Camino de perfección* escribe: «En tiempo de agitación —concluyó diciendo el médico— este arzobispo sería capaz de hacer independiente de Roma la Iglesia española y erigirse Papa»²⁹. Otras veces, en *Momentum catastrophicum* y en *Intermedios* no hablará de la famosa república del Bidasoa, sin moscas, sin frailes y sin carabineros³⁰. Entre los párrafos de Galdós y de Bretón y Baroja existe la crisis de 1898, con un matiz anticlerical. De 1890 a 1900 se advierte en España una minoría que era partidaria de la ruptura de la Iglesia española con la Santa Sede, comparable a la Iglesia de Inglaterra³¹. Hace unos años Angel del Río escribió sobre la tendencia jansenista de Jovellanos —parecida a las ideas político-jansenistas de Graciliano Afonso— y de los intelectuales contemporáneos³².

Nazarín

Angel Guerra es el fracaso de la revolución política que corresponde al desencanto político de Galdós en esa época. De revolucionario político, Angel Guerra se ha transformado en un intento de reformador religioso. Guerra murió antes de terminar su proyecto y no era él llamado a esta empresa, ya que su religiosidad no era auténtica, causada y sostenida por su amor a Leré. El llamado será Nazarín, sacerdote ferviente, de vocación más decidida y sincera. En *Angel Guerra* hay párrocos que anuncian ya a Nazarín.

Nazarín y *Halma* se publican el mismo año 1895. En 1897 sale *Misericordia*. Se suele ver en esta trilogía como la marcha progresiva de Galdós hacia la pintura de un Cristo ideal, figura digna de imitación, que sería Benigna, la protagonista de *Misericordia*. Para mí sería *Nazarín*. *Nazarín* y *Halma* son dos novelas que están íntimamente unidas. *Halma* aparece claramente como la continuación de *Nazarín*³³. *Misericordia* se aparta de este esquema. Tal vez presenta lo que para Galdós constituye la esencia del cristianismo, la caridad.

Nazarín responde a la reacción espiritual de fin de siglo. En el mismo terreno cultural se aprecia una derivación hacia una mayor espiritualidad. El panteísmo naturalista del romanticismo que perdura en el positivismo, vuelve a revivir. La religión se sublima en la virtud de la caridad, cuyos representantes en la novelística galdosiana serían Leré, Angel Guerra, Guillermina Pacheco, Benigna y Nazarín.

En este cura revolucionario y andariego³⁴, como afirma Pilar Faus Sevilla³⁵ confluyen las dos tendencias, panteísta y positivista, dentro de la más pura ortodoxia, para desembocar en una peculiar forma de neomisticismo. Este, aunque literalmente revela influencia de la literatura rusa, aparece como indumento hispano, como amalgama de la actividad e individualismo ibérico y el idealismo estético y soñador de abolengo árabe.

Galdós quiso hacer de Nazarín un imitador de Cristo. Así lo acerca en su físico. Su nombre Nazarín es diminutivo de Nazario, pero también de Nazareno. Los hechos de su vida guardan paralelismo con los de la vida pública de Jesús. Lleva una vida errante, sin casa fija, ni comida, ni alforjas. Vive de la caridad de los demás. A Cristo le seguían los discípulos. A Nazarín, dos discípulas. Muchas veces sus palabras nos recuerdan las del evangelio³⁶. Nazarín es víctima de la calumnia y la incompreensión, como Cristo. Los enfados de Nazarín con Andara recuerdan las palabras duras de Cristo a Pedro: «Apartate de mí, Satanás.» Nazarín vive también entre pecadores y publicanos. Es hombre de luces, austero, ama la naturaleza, desprecia la gloria y la ciencia, obedece a la Iglesia, a pesar de no sujetarse a ciertas normas, lo cual le crea una situación equívoca, como se le creó a Cristo, dentro del pueblo judío. Por eso Nazarín repite que no es hereje. Encuentra a un ladrón bueno en la cárcel. Como Cristo, su vida constituye un escándalo viviente para los espíritus pusilánimes, apegados a la letra³⁷.

También es conocida la semejanza de las andanzas de este evangélico cura

con las del ingenioso hidalgo don Quijote. Al imaginar Galdós a su héroe, predicando con el ejemplo de buena nueva por las secas tierras de la Mancha, tal vez se le presentó la figura de don Quijote. Francisco Ruiz ha querido ver en esto una intención profunda de Galdós. Ambos caballeros pretenden resucitar un estilo de vida pasado. Galdós ve la incontemporaneidad de ambas criaturas. Cervantes lanza al fracaso a su héroe; Galdós al simple don Nazario. Don Quijote va a resucitar la andante caballería en un mundo que la rechaza; Nazarín resucita la andante santidad en un mundo que también le rechaza. «Galdós —añade Francisco Ruiz—, proyecta la figura de don Quijote en la de Nazarín, porque uno y otro son cifras de una misma realidad, cuya esencia consiste en una incurable y radical ucronía»³⁸. Creo que este autor lleva más allá de la realidad la intención de Galdós. Nazarín es la proyección idealista del autor, la esencia de la religión que él concibe y también un utópico reformador, al cual deberíamos tender. Por eso en *Nazarín* domina la presencia de Cristo. Lo cierto es que esta presencia de Cristo y de don Quijote pesa demasiado en la estructura de la obra y del personaje y perjudicó el buen comienzo. *Nazarín* es una novela fallida.

La conducta de Nazarín es reflejo de la doctrina del evangelio. No se preocupa del mañana, como no se preocupan las avejillas del campo. No encontramos en él ninguna ambición: «es condición mía esencialísima la pobreza y si me lo permiten les diré que el no poseer es mi suprema ambición». Posee una mansedumbre evangélica. Nazarín no es rebelde. «Jamás me he desviado de los principios de la Iglesia», nos dice. Lo que hace es porque así le dice su voz interior o porque se lo imponen las circunstancias. Si es rebelde es porque su modo de ser y de obrar no encaja en las vacías estructuras sociales. Cuando no le encargan misas, cuando le roban y luego le incendian la casa, Nazarín se ve obligado a comenzar su vida vagabunda y no renunciar a su libertad interior. En los sacerdotes de Galdós suelen abundar las dotes oratorias. Nazarín no sabe predicar.

En la novela *Halma*, Nazarín queda en segundo plano. Pero su doctrina y sus efectos aparecen en primer lugar, influyendo en Halma y otros personajes.

¿Galdós anticlerical?

Después de haber estudiado los curas en Galdós, cabe esta pregunta. ¿Es Galdós anticlerical?

Tanto Menéndez y Pelayo, como Julio Cejador y Frauca, en *Historia de la lengua y la literatura castellana* (1918) y Stephen Scatori en su tesis doctoral, *La idea religiosa en la obra de Benito Pérez Galdós* (1926) defienden su anticlericalismo e incluso antecatólicismo. Juicios que no responden a la realidad, por ser la crítica de entonces apasionada, apriorística, sin sereno rigor científico.

Desde entonces ha cambiado profundamente la sociedad y su ideología. Otros problemas, otros juicios de valor, otros criterios prevalecen hoy. Últimamente el

Concilio Vaticano II ha influido en la actualización de la doctrina católica y en el cambio de actitud de la Iglesia, y con ello el clero y los católicos han salido de aquellas posiciones categóricas, apriorísticas. Por otra parte, la crítica ha aplicado métodos de más rigor científico y más objetivos. En particular, sobre Galdós nuevos estudios han venido a esclarecer aspectos discutidos o inéditos. A ello han contribuido eficazmente los *Anales Galdosianos* y desde ahora contribuirán estos Congresos Internacionales sobre el autor canario.

Ninguna persona sería capaz de admitir hoy el anticatolicismo de Galdós. Hay que distinguir el ataque a la mentalidad de un sector de los católicos y el ataque al catolicismo. Tampoco es antirreligioso. Continuamente sus personajes reciben los sacramentos, mueren cristianamente y advertimos un gran respeto a todas las auténticas ideas y prácticas cristianas. En la cuarta serie de los Episodios Nacionales defiende la idea cristiana, aunque rechaza el celibato del clero, como antinatural, y se oponga al control que ejerce el clero en España y, sobre todo, a la unión de la Iglesia y el Estado. Defiende un cristianismo de conciencia más que de prácticas externas. Eso sí, casi todos los cargos que los reformistas del siglo XIX achacan a la Iglesia se encuentran en sus obras. Por la doctrina del evangelio siente gran admiración. Aunque enfoca tanto a los clérigos como al catolicismo desde el punto de vista liberal, como dijimos.

Respecto a su anticlericalismo, después de este estudio, podemos afirmar que no todos sus clérigos son indeseables llenos de defectos. La mayoría de los curas galdosianos son de signo positivo, sobre todo los de su segunda época. En sus primeras novelas se advierte más su voluntad deformadora y la concentración de notas negativas. Nos pinta el arquetipo del anticlerico. Aunque hay que notar su sentido satírico reformador y fustigador de los vicios de la sociedad de entonces, de los laicos y de los clérigos. En Galdós, como ya dijimos, hay que distinguir entre las órdenes religiosas y la Iglesia, como organismos sociales, perjudiciales para el progreso y la libertad, según el autor canario, y los clérigos considerados individualmente. En el primer aspecto, su oposición se mantuvo constante. Pero reconoce cualidades y admira hechos del clero cuando sale la ocasión. Por ejemplo, en el caso del cólera en octubre de 1865. En su *Crónica de Madrid*, rinde tributo de admiración al clero parroquial, que en los días aciagos no abandona el lecho del enfermo. Nunca usa el sarcasmo e ironía con la saña de otros autores claramente anticlericales, como Azzati, Nakens, Blasco Ibáñez o la revista *El montín*, ni censura a las altas jerarquías. Su novelística está basada en una estructura: la crítica de la sociedad. Su obra constituye una trágica farsa de un mundo falso que quiere ser norma de verdad.

El intelectual católico comprende hoy a Galdós mejor que a comienzos de siglo. Galdós responde al espíritu ecuménico, a la mentalidad abierta de la segunda mitad del siglo XX y del Concilio Vaticano II.

¹ Diversos autores han tratado el tema, pero de pasada, o han estudiado únicamente a Nazarín o algún otro tipo de sacerdote galdosiano. Así, SCATORI, *La idea religiosa en la obra de Benito Pérez Galdós*, Toulouse, 1926; ROBERT RICHARD, *Aspects de Galdós*, París, 1963; JOAQUÍN CASALDUERO, *Vida y obra de Galdós*, Madrid, 1961; ARNOLD M. PENUEL, *Charity in the novels of Galdós*, Georgia, 1972; BRIAN J. DENDLE, *The spanish novel of religious thesis (1876-1936)*, Princeton, Madrid, 1968; JOHN DEVLIN, *Spanish anticlericalism. A study in modern alienation*, New York, 1966; PILAR FAUS SEVILLA, *La sociedad española del siglo XIX, en la obra de Pérez Galdós*, Madrid, 1972. Algunos artículos, en los primeros números de *Anales Galdosianos* sobre Nazarín, el clero madrileño en la época de Galdós, etc. El autor que trata el tema con más extensión es FRANCISCO RUIZ RAMÓN, en *Tres personajes galdosianos*, quien dedica un extenso capítulo a «Los clérigos toledanos», Madrid, 1964.

² Un caso muy curioso y conocido es el de doña Ernestina Manuel de Villena, cuya vida interesó a Galdós extraordinariamente y la saca en *Fortunata y Jacinta*, con el nombre de Guillermina Pacheco, y en *Misericordia*, *Angel Guerra*, *Halma* y *Celia en los infiernos*.

³ *Angel Guerra*, V, pp. 1293. Las citas de la obra de Galdós corresponden a las C. O. de Ediciones Aguilar, 1942-44.

⁴ Baroja, O. C., I. p. 1375.

⁵ *Vida y obra de Galdós*, Madrid, 1961, p. 29. Sería interesante estudiar la muerte en su obra. Son muchísimos los personajes que mueren en sus novelas. La muerte es para él un misterio y nunca se atreve a traspasar sus umbrales.

⁶ *Torquemada y San Pedro*, V, p. 1156. Esta relajación moral de las clases altas aparece además descrita en *Pequeñeces*, de COLOMA; *La espuma*, de PALACIO VALDÉS; *Lo prohibido*, *Realidad*, de Galdós.

⁷ La caridad es factor de caracterización y el tema más esencial de su obra, como ha demostrado ARNOLD M. PENUEL, en *Charity in the novel of Galdós*, Georgia, 1972. La esencia de su pensamiento y su arte, afirma Angel del Río, es la comprensión, la tolerancia y el amor, único terreno en el que creía posible la conciliación de las fuerzas que luchaban.

⁸ Rafael Lapesa nos hace notar cómo se ha formado el vocabulario que refleja las nuevas ideas de los primeros liberales. Por ejemplo, en el *Diccionario de la Academia*, de 1803, la palabra «tolerancia» lleva una nueva notación, con respecto a la edición de 1793, la de «civil» que se aplica «a el permiso que concede el gobierno para ejercer libremente cualquier culto religioso».

⁹ Clarín creía que ese espíritu pragmático le vino de lo mucho de inglés que había en el novelista. O. C., Madrid, 1912, I, p. 277.

¹⁰ *Nazarín*, V, p. 1726.

¹¹ *Fortunata y Jacinta*, V, p. 209.

¹² Baroja coincide con Galdós en apuntar los mismos defectos en sus malos clérigos: la hipocresía, la política, la intriga, el erotismo, el obscurantismo, el odio a lo extranjero o a lo nuevo, el fanatismo y la intransigencia, la avaricia, la ignorancia, la traición, la bebida, la suciedad, I. ELIZALDE, Los curas en la obra de Baroja, *Letras de Deusto*, núm. 4 julio-diciembre 1872, p. 61.

¹³ Dentro de la Iglesia hubo en el siglo pasado un movimiento para conciliar la democracia y el progreso científico con el catolicismo. Así Lacordaire defiende la alianza de la democracia y la religión, en 1848. Montalambert, en el Congreso de Malinas (1863), opta por la libertad de prensa y de cultos. En el mismo año, Döllinger, en el Congreso de Munich, pide la libertad completa de la ciencia y la investigación. Pero este liberalismo fue condenado en 1864 por la encíclica *Quanta cura* y el *Syllabus*. El dogma de la infalibilidad pontificia en 1870 fue un nuevo golpe para el liberalismo. En España, el liberalismo contó con pocos elementos importantes, dentro de la Iglesia. El cardenal Moreno y los obispos españoles defienden firmemente la infalibilidad pontificia. En 1884, SARDÁ Y SALVANY publica *El liberalismo es pecado*, donde afirma que todo católico verdadero debe luchar contra el liberalismo. A pesar de la intransigencia de los integristas, hubo católicos liberales que defendieron en las Cortes Constituyentes de 1869 la libertad de cultos y aceptaron la constitución de 1876, que aumentaba la tolerancia para otras religiones. A la Pardo Bazán y a Concha Espina, defensoras de la conciencia individual, se les achacó errores modernistas.

¹⁴ «Episodios Nacionales», *Cánovas*, III, p. 1375. Aquí aparecen sus ataques más fuertes contra la Iglesia, comparable a los de MECÍAS PICAWEA, en *La tierra de Campos o de Trigo*, en *Las ingenuas*.

¹⁵ «Episodios Nacionales», *Juan Martín, el Empecinado*, I, p. 766.

¹⁶ ROBERT RICARD, *Aspects de Galdós*, París, 1963, p. 54.

¹⁷ *La Fontana de Oro*, IV, p. 115.

¹⁸ *Fortunata y Jacinta*, V, p. 164.

¹⁹ *Angel Guerra*, V, p. 1493.

²⁰ ROBERT RICARD, *Aspects de Galdós*, París, 1963, p. 46. Sería interesante estudiar además el obispo que sale en *La Regenta*, de CLARÍN y en *Doña Inés*, de AZORÍN. En las obras de MIRÓ, *Nuestro Padre San Daniel* y *El obispo leproso*, está más sofisticado. Miró escribe: «Para mí, un obispo era un pectoral, un anillo, con una piedra preciosa, un báculo y una mitra, todo entre cirios de un altar con los mejores manteles y floreros, o guardado quietecito en su palacio.»

²¹ *Halma*, V, p. 1820.

²² *Halma*, V, p. 1875.

²³ *Misericordia*, V, p. 1.999.

²⁴ *El abuelo*, VI, p. 65.

²⁵ Francisco Ruiz ha querido ver traspuesto al plano nacional este estado psicológico individual. El desequilibrio fundamental de la sociedad española, afirma, es querer vivir según lo que no es. Por otra parte, refuta la interpretación de Casaldueiro, al afirmar que todo el elemento religioso de la tercera parte se debe «al esteticismo de fines de siglo, que se acerca a Roma en busca de una belleza espiritual».

²⁶ *Angel Guerra*, V, p. 1557.

²⁷ Cfr. ALFONSO DE ARMAS AYALA, *Graciliano Afonso. Un diputado canario en las Cortes de 1821...* En *Anuario de Estudios Atlánticos*, n. 3, 1957, pp. 387-451.

²⁸ ROBERT RICARD, *Aspects de Galdós*, París, 1963, pp. 86-88.

²⁹ En esta época fueron arzobispos de Toledo: el arzobispo Payá y Rico (1886-1891), Monescillo (1892-1897) y Sancha (1898-1909). Pero ninguno de ellos responde a las intenciones de Baroja. Sin embargo, se puede suponer que piense el novelista en Sancha, ya que quiso hacerle una visita con Azorín para preguntarle algunas cuestiones.

³⁰ *Momentum catastrophicum*, V, p. 385; *Intermedios*, V, p. 685.

³¹ Ricard estudia la relación de esta concepción con la tradición toledana, basado en la obra de MANUEL CRIADO DE VAL, *Teoría de Castilla la Nueva*, Madrid, 1960.

³² Escribe en el prólogo a *Obras escogidas*, de JOVELLANOS, «Clásicos Castellanos», Madrid (1955): «Hubo en los intelectuales de entonces una tendencia hacia la emancipación de la Iglesia nacional del poder de Roma; un hispanismo eclesiástico... hacia la pureza del antiguo Cristianismo.»

³³ Según Ciriaco Morón, *Nazarín* y *Halma* son una novelación de los dos primeros tomos de la *Historia de los orígenes del cristianismo*, de RENÁN: «Vida de Jesús y de los apóstoles.»

³⁴ Quizá demasiado revolucionario y andariego para el ambiente clerical disciplinado español. Por eso se ha advertido el acierto de Buñuel al poner Méjico como escenario de su film *Nazarín*, el mismo que *El poder y la gloria*, de Graham Green.

³⁵ PILAR FAUS SEVILLA, *La sociedad española del siglo XIX, en la obra de Pérez Galdós*, Madrid, 1972, pp. 243-244.

³⁶ «Si usted quiere, don Nazario, la niña se salvará» «Maldita sea la leche que mamó» «Si usted es un pájaro, váyase al campo a comer lo que encuentre.» «¿A quién buscáis?»

³⁷ CIRIACO MORÓN ARROYO, en «Nazarín y Halma»: sentido y unidad, en *Anales Galdosianos*, II, 1967, pp. 67-81, estudia las semejanzas de Nazarín y Cristo. Las cataloga en cuatro aspectos: ideal de vida, orgullo y testimonio, santa ira y tragedia personal e institucional. También estudia este aspecto, ALEXANDER A. PARKER, en *Nazarín of the passion of our Lord Jesus Christ according to Galdós*, *Anales Galdosianos*, II, pp. 83-101. Y FRANCISCO RUIZ RAMÓN, en *Tres personajes galdosianos*, Madrid, 1964, pp. 186-188.

³⁸ FRANCISCO RUIZ RAMÓN, *Tres personajes galdosianos*, Madrid, 1964, p. 185.